

EL EXTRAÑO CASO DEL DOCTOR JEKYLL Y MARY REILLY: ¿ESTILO FEMENINO / ESTILO MASCULINO? RELEVANCIA DE UN ANÁLISIS INTEGRADO DEL LÉXICO

MARGARITA CARRETERO GONZÁLEZ
VICENTE GARCÍA PIÑEIRO
ENCARNACIÓN HIDALGO TENORIO
Universidad de Granada

RESUMEN. *Los llamados discurso femenino y discurso masculino constituyen una cuestión de gran complejidad a la que se le ha dedicado una atención notable en los últimos años. A pesar de ello, ha sido difícil llegar a un acuerdo. En general, las conclusiones alcanzadas siempre dependen del material de estudio elegido. En el presente artículo, hemos tomado como corpus dos novelas relacionadas temáticamente: The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde de R. L. Stevenson, y Mary Reilly de Valerie Martin. Ésta última, en forma de diario, hace las veces de creación de la sirvienta del Dr. Jekyll, en apariencia editada por Valerie Martin. Dada la disimilitud de las voces narrativas de ambas novelas, asumimos que éstas también deberían de ser muy diferentes estilísticamente, hecho que su forma y su gramática confirmaron. Nuestro siguiente objetivo fue estudiar hasta qué punto se podían detectar aún más diferencias relativas al léxico de estas narraciones, a fin de confirmar la existencia de ese discurso femenino del que parece partícipe Mary Reilly, o demostrar que aquéllas tenían más que ver con el origen de cada uno de los personajes. Para llevar a cabo esta investigación nos hemos valido de la integración de la lingüística computacional en los estudios literarios y el análisis del discurso.*

PALABRAS CLAVE. *Lenguaje, género.*

ABSTRACT. *The question of the existence of a female discourse as opposed to a male one is a complex issue that has been profusely studied without any real agreement having been reached. In most cases, conclusions vary depending on the sample taken as field of study. In this article, our samples have been two novels: R. L. Stevenson's The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde, and Valerie Martin's Mary Reilly. The second novel consists of a series of entries in a diary, written by Mary Reilly and supposedly edited by Martin. Given the differences both in the nature of the two books*

and in their narrative voices, we started from the assumption that there should certainly be stylistic variations, which, indeed, were found mostly regarding form and grammar. Our aim, then, was that of studying whether there were significant differences from a lexical point of view which could support the idea of the existence of a distinctive female discourse or, rather, show that these differences were in consonance with the different social extract of the narrators. In order to carry out this research, we integrated computational linguistics with literary studies and discourse analysis.

KEYWORDS. *Language, gender.*

1. INTRODUCCIÓN

En mayor o menor grado, e independientemente de que hayamos leído la novela de R. L. Stevenson, todos estamos familiarizados con la historia, o al menos con los nombres, del Dr. Jekyll y Mr. Hyde. En lengua inglesa, los apellidos de las dos personalidades protagonistas del relato de Stevenson han trascendido de tal modo los límites de la ficción que han dado origen a un nuevo sustantivo utilizado para designar “a person with two distinct personalities, one good, the other evil” (*Collins Electronic English Dictionary and Thesaurus* 1994).

Aquellos que hayan leído *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde* conocerán la historia a través de tres puntos de vista distintos: (1) el del narrador en tercera persona, cuya voz domina el relato durante los ocho primeros capítulos; (2) el del doctor Laymon, cuya narración ocupa el capítulo noveno; y, (3) el del propio Henry Jekyll, que resuelve el misterio de la novela en el último capítulo. Sin embargo, seguramente, muchos de estos lectores desconocerán la versión de la historia tal y como la ofrece una de las sirvientas que trabajaba en la casa de Henry Jekyll, Mary Reilly, versión rescata-da por Valerie Martin en 1990 y plasmada en la novela del mismo nombre.

La novela de Valerie Martin, *Mary Reilly*, presenta importantes diferencias respecto de la de Stevenson, diferencias que afectan tanto a la temática tratada como al estilo con el que el tratamiento se lleva a cabo. Stevenson juega con el punto de vista múltiple, presentando al lector una serie de incógnitas sobre la aparición de Mr. Hyde, sus actuaciones y su relación con el doctor Jekyll, que, formuladas a través del narrador en tercera persona, se van desvelando paulatinamente gracias a las confesiones en primera persona de Laymon y el mismo Jekyll. Todas estas versiones tienen en común el hecho de ser relatadas por voces masculinas pertenecientes a clases profesionales liberales. En cuanto a *Mary Reilly*, la novela adopta la forma de un diario, y la voz narrativa es la de una mujer, la sirvienta Mary Reilly, cuyo nivel de educación apenas si alcanza el de una formación básica. Por lo tanto, nos encontramos, por un lado y debido a las diferencias formales del género literario por el que ha optado la autora, con una narración más intimista y, por otro, y debido sobre todo a las diferencias culturales de la protagonista, con un estilo menos sofisticado.

Las experiencias recogidas por Mary Reilly en sus diarios quizás no sean tan trascendentales para la humanidad como pueda serlo el descubrimiento revelado por Henry Jekyll sobre la posibilidad de crear químicamente una personalidad que permita dar rien-

da suelta a nuestros deseos más depravados, pero ofrece al lector una cara de Henry Jekyll que Stevenson omite (i.e. su lado sensible y afectuoso), y nos muestra una relación entre Mary y el doctor que va más allá de la meramente contractual entre sirvienta y señor. A pesar de que Mary, al contrario que otros sirvientes, no aparece mencionada en la novela de Stevenson, su relato es indudablemente interesante para acceder a esta otra cara del famoso físico.

En consecuencia, no es nuestro propósito en este ensayo hablar de la intertextualidad entre las dos novelas o de la distinta temática que ambas desarrollan, sino que nuestro interés se dirige exclusivamente a estudiar de qué forma el lenguaje empleado por las diversas voces narrativas que se dan cita en *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde* varía sustancialmente del empleado en *Mary Reilly*.

2. SOBRE LA EXISTENCIA DE UNA SUPUESTA “LENGUA FEMENINA”

Sobre las peculiaridades del estilo de Mary, Valerie Martin (como supuesta editora de sus diarios) hace algunos comentarios interesantes, relacionados con su errática puntuación, su uso incorrecto del verbo *to be* (por ejemplo, el uso de la forma de tercera persona singular con un sujeto plural), la utilización de la forma dialectal del norte de Inglaterra *mun* en lugar de *must*, así como su inconsistencia a la hora de utilizar mayúsculas con nombres propios. En este sentido, considera Martin que “it is interesting to note that she always failed to capitalize the word ‘i’ and never failed to capitalize the word ‘Master’” (1991: 218-219). Estas peculiaridades aludidas por Valerie Martin se circunscriben a los planos formal y gramatical, y, ya que son propias sólo del estilo de Mary Reilly, están ausentes, como cabría esperar, en la novela de Stevenson.

Al hilo de lo visto, y puesto que suponíamos que las diferencias debían de hacerse extensivas a otros niveles lingüísticos, nuestro propósito en este estudio ha sido: (1) determinar la posible existencia de unas diferencias muy particulares, i.e. aquellas que a la selección léxica se refieren; y, (2) en caso afirmativo, analizarlas.

Dimos por supuesto que un nivel cultural inferior iría de la mano de un léxico más pobre, restringido quizás a la realidad más inmediata de los narradores. Asimismo, partíamos de la intuición de que el vocabulario de Mary se ceñiría principalmente al referente al hogar, léxico que estaría relativamente ausente en la novela de Stevenson, donde, de nuevo, intuíamos, serían los términos relacionados con la medicina los que podrían ser más prominentes.

No obstante, era también nuestra intención considerar hasta qué punto se podría hablar de un empleo distinto del léxico en relación directa con el distinto género de las voces narrativas que de él hicieran uso; en otras palabras, si sería factible o no hablar de diferencias importantes que caracterizaran un estilo conversacional femenino frente a un estilo conversacional masculino. Para ello, nos centramos en la muy abundante bibliografía que sobre el tema de lengua y género nos pudiera permitir considerar la existencia de lo que se ha denominado la construcción teórica de la “lengua femenina”. Nos apoyamos en la idea de que, aunque no siempre sea cierto que los resultados de los estu-

dios dedicados al análisis de tal cuestión se propongan como soluciones definitivas a un problema tratado frecuentemente de un modo reduccionista, no son una excepción los que sí que se plantean ese objetivo de simplificación inconsciente. Éste era un hecho del que intentamos desligarnos desde el principio.

No es preciso reiterar que, aún en la actualidad, el estudio de este tema resulta por lo menos polémico. No falta quien lo tache de tendencioso u oportunista, ni tampoco quien no se haya propuesto emplearlo como instrumento de bloqueo de ciertas actitudes socialmente recriminadas. La cantidad abrumadora de trabajos dedicados al análisis de la "lengua femenina", surgidos en su mayoría en el ámbito de la lingüística inglesa a partir de la investigación de Robin Lakoff (1973, 1975, 1977), sugieren básicamente la construcción de un estereotipo lingüístico cuestionable que se confunde con la evidencia empírica no siempre verificada. Es innegable que los excesos de algunos casos han servido de acicate para que los detractores de este campo de estudio se hayan propuesto desarticular y desprestigiar, sin distinción, todo lo producido hasta el momento en torno a este asunto. De igual modo, está claro que, en un ámbito de tal naturaleza, los especialistas no han hecho mucho por facilitar el entendimiento; de hecho, las perspectivas teóricas que han desarrollado modelos de comprensión de la conducta lingüística femenina presentan conceptos muy dispares, asumen objetivos también diferentes y confieren grados distintos de importancia a los mismos hechos objetivables. Los conceptos a los que el lingüista se ha tenido que enfrentar en todo este tiempo han sido tanto la descripción de los indicadores de género de la lengua como el reconocimiento de la creación de estereotipos específicos de un género a través del empleo de la propia lengua. De telón de fondo, no se pueden dejar en el olvido las dos ideas que siguen: (1) las gramáticas y los diccionarios siempre han sido obra de hombres (Strainchamp 1971: 241); y (2) juzgamos de manera diferente a varones y mujeres aun cuando digan lo mismo (García Meseguer 1982: 83).

Desde una perspectiva simplificadora, la relación habida entre lengua y género se reduce a dos acercamientos diferentes. El primero tiene que ver con el modelo de interacción de cada género a través de un comportamiento lingüístico particular; el segundo, con el trato de la lengua para con cada género. En nuestro caso, sólo nos interesaban las interrogantes surgidas a partir del primer punto: ¿Cómo usan hombres y mujeres la lengua? ¿Existen diferencias significativas en esos usos? ¿Están relacionadas con la fonética, el léxico, la sintaxis, la morfología, la semántica o la pragmática? ¿Cuáles son las causas? ¿En qué sentido son pertinentes?

Nuestro punto de partida ha sido la delimitación de un par de opuestos; la definición de una sutil distinción no siempre considerada explícitamente: la diferencia entre "femenino 1" (*female*) y "femenino 2" (*feminine*), y "masculino 1" (*male*) y "masculino 2" (*masculine*). *Female* y *male* se relacionan con el sexo del individuo, es decir, con un hecho biológico; *feminine* y *masculine*, por su parte, con un hecho básicamente cultural (Longman Dictionary of Contemporary English 1986: 403). No es infrecuente que se confundan ambos términos debido a que se asume que las condiciones biológicas determinan las condiciones culturales, las cuales, a su vez, son establecidas en relación con

un proyecto ideológico androcéntrico. El modelo se ha ido repitiendo a lo largo de la historia. Habría parecido inaudito encontrar el primer constituyente sin el segundo. Nosotros lo descartamos nada más comenzar nuestro análisis.

En los distintos intentos de descripción de la diferencia de los usos del lenguaje de hombres y mujeres se ha hablado de particularidades morfológicas, léxicas, sintácticas, fonéticas, o discursivas, por lo general, escasamente verificadas. En opinión de Lakoff, (1973: 48), la llamada “lengua femenina” (*women’s language*) es tanto la restringida en su uso a la mujer como la empleada para describir a la mujer. En su primer sentido, esa lengua femenina supone el empleo de expresiones que sugieren trivialidad temática e inseguridad conversacional; el segundo, mientras, implica que, al hablar sobre la mujer, se la trate como a un objeto, nunca como a una persona seria con visiones individuales del mundo.

Mills (1987: 95), por su parte, en su intento de probar la existencia de la “oración masculina” a fin de discernir la posibilidad de la existencia, también, de una “oración femenina”, observa que las características asignadas a aquella son más bien elementos del estereotipo ideológico masculino de nuestra sociedad, tales como los conceptos de claridad, racionalidad, aseveración o autoridad.

Dubois y Crouch (1975), a su vez, dejan en evidencia la frivolidad de Lakoff cuando asume que el empleo por parte de la mujer de las llamadas “question tags” supone su falta de confianza y compromiso. Teniendo en cuenta los resultados de sus experimentos, aseguran que los varones también pueden valerse de estos mecanismos con el mismo valor que Lakoff había sugerido que era específicamente femenino.

Tannen (1990), en un ámbito más amplio, menciona que, aunque todo ser humano necesite intimidad e independencia, la mujer tiende a prestarle más atención a la primera y el hombre a la segunda; que, si muchas mujeres no sólo se sienten cómodas pidiendo la ayuda de alguien, sino que también hasta les honra, muchos hombres creen que es su obligación, y también un honor, satisfacer tal petición, les convenga o no; y que, convencionalmente, la mujer se suele inclinar más a halagar a su interlocutor que a darle información, frente a la actitud primordialmente informativa del hombre. Violi (1991: 103) añade que “[l]a mujer charla, divaga, es gentil; [s]u intercambio comunicativo no parece tener otra finalidad, otro sentido más allá de sí mismo, ningún punto de referencia, [ni] ninguna pretensión de constituir un contenido en sí”. Y Coates (1988) recuerda que, en apariencia, el estilo que persiguen los hombres se basa en el poder, y el estilo que persiguen las mujeres, por contra, se fundamenta en la solidaridad y en el apoyo incondicional hacia el interlocutor.

Murray y Covelli (1988), por otra parte, se han ocupado de un fenómeno de la mayor importancia en este área: La interrupción en la conversación. Sus conclusiones contradicen sus expectativas. Según dicen, en contraste con lo que sucedía con las mujeres de la investigación de Zimmerman y West (1975), las que ellos observaron mostraron que la interrupción es una estrategia más del repertorio conductual de algunas mujeres al hablar con otras mujeres y, por supuesto, con los hombres.

Otra cuestión que aparece muy ligada al habla de la mujer y que se ha empleado también en su detrimento es el Principio de Cortesía. Ya sea por usarlo (cf. Brown 1980) o por lo contrario (cf. Keenan 1974), siempre se toma como una confirmación de su inferioridad. Smith-Hefner (1988) asegura que las mujeres de su investigación en Java se resistían a la noción de que su uso de un habla cortés hacia los hombres indicase tal inferioridad social en lugar de una nota de distinción y refinamiento. Frente a este caso, estudios como el realizado por Thorne y Henley (1975), relativo a las varias culturas occidentales dominantes, vienen a confirmar que, en términos generales, es posible que un comportamiento circunspecto tienda a implicar cierta subordinación debido al hecho de que, en ese espacio físico e ideológico que ocupan Europa y Estados Unidos, hombres y mujeres usan los principios de cortesía y formalidad como medios de expresión de su autoridad, aunque en esferas diferentes.

También las diferencias se han intentado hallar en torno a un acto de habla ligado al Principio de Cortesía: el cumplido. En este campo, Holmes (1988) ha sistematizado un lugar común muy extendido: es un hecho más aceptable y socialmente apropiado alabar a la mujer; y, dado que las funciones de este acto de habla pueden ser la de aprobación social, la de mecanismo socializador o instrumento de afianzamiento de la confianza, es comprensible que se dirijan más cumplidos a las féminas por su estatus socialmente subordinado. En relación con este tema, el estudio de Herbert (1990) se centra en cómo hombres y mujeres responden de forma distinta al cumplido. El autor reconoce que es el sexo de la persona que profiere un cumplido lo que determina con un grado de certidumbre mayor la probabilidad de su aceptación o su rechazo; pero, del mismo modo, añade que su aceptación es más frecuente entre individuos de distinto estatus. Concluye, por tanto, que será la mujer quien responda más positivamente a lo que termina siendo, en sus propias palabras, "an offer of solidarity / token of good will" (Herbert 1990: 221).

En cuanto al tipo de temas seleccionados por los hablantes femeninos (asunto espinoso donde los haya), P. Kipers (1987) se vale de la evidencia empírica para superar el tópico relativo a la trivialidad de la conversación de la mujer (cf. Jespersen 1922; Lakoff 1975): Kipers asegura que la elección del tema de una conversación depende de lo apropiado del contenido de ésta respecto de la composición del grupo conversacional, del marco en el que se dé y de la distancia social existente entre sus miembros.

Según lo visto, no se puede rechazar tajantemente la idea de que hombres y mujeres puedan diferir en sus modos de habla. Es evidente que el sexo de un individuo no tiene el mismo efecto en el uso diario de la lengua en todos sitios y entre los distintos grupos de población (Eckert 1989: 248); que es la interacción de éste con la variable clase social el factor más determinante (Labov 1990: 227); y que, de cualquier manera, aunque los modos de hombres y mujeres de establecer su estatus conduce a diferencias en su uso de símbolos, esa diferencia basada en el género habría de fundarse no tanto entre grupos de género como dentro de esos grupos de género (Eckert 1989: 259). En otras palabras, lo que pasa no es que la lengua sea masculina o femenina, sino que la lengua es usada por hombres y mujeres; que el objeto de estudio de muchos eruditos es un uso masculino o femenino de la lengua estereotipado; que, aunque se haya sugerido que

los niveles fonológico, sintáctico y léxico son esencialmente las áreas en las que se podrían identificar ciertas características marcadas del habla femenina, ni son tan marcadas ni tan específicas de este género; que, en algunas ocasiones, se han empleado no como argumentos para explicar un estado de cosas sino con el fin de justificar algunos comportamientos desiguales institucionalizados; y que, por tanto, sólo la investigación empírica de casos reales se puede tomar como base de un estudio medianamente serio.

3. DESCRIPCIÓN DEL MÉTODO

Teniendo claras estas ideas, para llevar a cabo nuestra investigación, hemos apoyado nuestros conocimientos intuitivos en el análisis pormenorizado del léxico de los textos de Stevenson y Martin mediante la ayuda informática.

Necesitábamos los siguientes datos, cuyo proceso de obtención explicaremos detalladamente:

- a) Un listado de los términos contenidos en cada obra, acompañados de:
 - a1) la frecuencia de aparición en la obra;
 - a2) el porcentaje que la frecuencia de aparición representa con respecto al total de palabras;
 - a3) el porcentaje de aparición del término con respecto al total de palabras únicas.
- b) Un listado de términos que aparecen en una obra pero en la otra no; es decir, los que aparecen en *Dr. Jekyll* pero no en *Mary Reilly*, y viceversa.
- c) El número de palabras que integran el léxico compartido por ambas novelas.

La primera tarea que se hubo de abordar fue la de convertir ambas obras a soporte informático, o lo que es lo mismo, convertirlas a un archivo de texto procesable por los diferentes programas de tratamiento de textos a nuestra disposición.

Con *Dr. Jekyll* la obtención de dicho archivo fue muy sencilla: una simple cuestión de buscarlo en Internet, ya que suponíamos que, al ser una obra de cierta antigüedad, era muy posible que alguien hubiese hecho ya el trabajo por nosotros. En efecto, en cuestión de minutos encontramos una página WEB que contenía dicha obra en archivo de texto. Para la novela de Valerie Martin, sin embargo, fue necesario pasar el libro por el *scanner*, usando para ello el programa *Omnipage* de reconocimiento óptico de caracteres (OCR).

Una vez que ambos textos hubieron sido convertidos a soporte informático, procedimos tal como sigue. El primer paso consistió en un proceso de indexación de ambos archivos (denominados por nosotros como JEKYLL.BYN y REILLY.BYN) con el programa *WCI (WordCruncher Indexer)* del paquete *WordCruncher*. Esto dio como resultado la elaboración de dos corpórea preparados para su procesamiento con *WordCruncher*. En realidad, lo que más nos interesaba del resultado de este proceso eran los archivos de carácter informativo que *WCI* crea cada vez que indexa un texto, con el mismo nombre que el archivo originario y de extensión *.BYF (i.e. JEKYLL.BYF y REILLY.BYF), y

que consisten en un listado íntegro de todas las palabras contenidas en el texto y su frecuencia de aparición. Este listado aparece en orden alfabético.

Una vez conseguido el listado de términos con su frecuencia de aparición, el siguiente paso fue convertir este archivo para su proceso con una hoja de cálculo. Así que importamos el archivo en formato ASCII con la hoja de cálculo *Lotus Quattro Pro*. Esta hoja de cálculo constaba de dos campos: Un primer campo alfanumérico (A), que contenía las palabras aparecidas en las novelas, y un segundo campo numérico (B), con las frecuencias de aparición de las palabras contenidas en el primer campo. Una vez hecho esto, creamos dos campos nuevos: C y D.

En el campo C establecimos la fórmula oportuna para que *Quattro Pro* calculara el porcentaje que la cifra contenida en el campo B representaba con respecto al total de palabras de la obra correspondiente; este total, que se podía haber calculado pidiendo a *Quattro Pro* la suma total del campo B, ya lo teníamos de antemano, puesto que es uno de los datos que *WCI* nos facilita en la cabecera del archivo del listado de frecuencias *-.BYF-*. En el caso de *Dr. Jekyll* el total fue de 25.802 y, en el de *Mary Reilly*, de 73.101.

En el campo D establecimos la fórmula necesaria para obtener el porcentaje que representa la cantidad del campo B con respecto al total de palabras únicas de cada novela. Esto nos proporcionaría una información muy relevante, ya que el número de palabras totales de *Mary Reilly* es bastante superior al de *Dr. Jekyll* (no podemos olvidar que *Mary Reilly* es una novela más extensa), mientras que el número de palabras únicas es muy parecido: 4.355 de *Mary Reilly* frente a las 4.018 de *Dr. Jekyll*. Al igual que el total de palabras, esta información ya había sido facilitada por *WCI*, aunque su cómputo habría sido también muy sencillo con la hoja de cálculo; bastaba con mirar el número de entradas de la hoja.

Con las operaciones realizadas hasta el momento ya disponíamos de los datos relativos al listado de entradas léxicas de cada obra, su frecuencia de aparición en cada obra concreta, y el porcentaje que esta frecuencia de aparición representa con respecto al total de palabras de la obra y con respecto al total de palabras únicas.

Para obtener un listado de los términos que aparecen en una obra y que están ausentes en la otra, lo que, a nuestro parecer, era uno de los datos más significativos, simplemente “cruzamos” las listas de frecuencias de ambas novelas. Los archivos **.BYF*, una vez despojados de las cabeceras y frecuencias de aparición, fueron comparados mediante el mandato “*diff*” del sistema operativo UNIX. La orden usada fue:

```
diff JEKYLL.BYF REILLY.BYF>LISTADO.TXT
```

El mandato “*diff*” de UNIX examina dos archivos de texto y devuelve el listado de líneas que se hallan en el primer archivo y en el segundo no, así como a la inversa. De esta manera, en nuestro caso concreto, éste nos devolvió un nuevo archivo llamado LISTADO.TXT en el que aparecían, precedidas del signo >, todas aquellas palabras (para ser más exactos, líneas) que se encontraban en JEKYLL.BYF (el archivo que se le había facilitado como primer parámetro) pero no en REILLY.BYF (segundo parámetro de la

orden), y precedidas del signo <, todas aquellas palabras que se encontraban en REILLY.BYF pero no en JEKYLL.BYF.

Tras esto, faltaba una orden que permitiera ordenar el resultado alfabéticamente, ya que los datos que hemos mencionado aparecen, por una parte, mezclados en el archivo LISTADO.TXT con otras líneas de información que proporciona la orden “diff”, y que no son relevantes para nuestros propósitos, y, por otra parte, aparecen listados en riguroso orden secuencial de aparición en el archivo de origen.

Para la ordenación utilizamos el procesador de textos *WordPerfect 6.1*, concretamente la orden “clasificar”, que nos dio como resultado el agrupamiento de (aparte de otros datos que ya hemos mencionado con anterioridad), primero, todas las líneas que contenían como primer carácter el signo < (las palabras que aparecen en *Mary Reilly* y no aparecen en *Dr. Jekyll*), y, segundo, todas aquellas cuyo primer carácter era el signo > (las palabras que aparecen en *Dr. Jekyll* pero no en *Mary Reilly*). Una vez organizadas así, bastaba con seleccionar un bloque con cada tipo y copiarlo a dos nuevos archivos independientes (i.e. JEKYLL.EX y REILLY.EX)

Realizadas estas operaciones, sólo nos quedaba la tarea de contrastar los datos de las dos listas resultantes, para lo que, en este caso, nos bastó con hacer un recuento de las palabras contenidas en cada archivo. A tal efecto, utilizamos la orden UNIX “wc” (*word count*), que devuelve el cómputo del total de líneas, palabras y caracteres contenidos en un archivo dado:

```
wc JEKYLL.EX
wc REILLY.EX
```

En el caso de REILLY.EX, el número devuelto fue de 2.319 palabras. En el caso de JEKYLL.EX, de 1.980 palabras. Ambas cifras, restadas a los totales de palabras únicas de cada obra, 4.355 y 4.018 respectivamente, habían de dar por fuerza el mismo resultado (el número de palabras que son comunes a ambas obras). Sin embargo no fue así, ya que en un caso la cifra fue 2.036 y, en el otro, 2.038. Es evidente que esto debe de estar originado más bien en algún error de indexación cuyo efecto es, a nuestro juicio, despreciable. En todo caso el número de palabras compartido por ambas obras (dejémoslo en 2.037) representa, en ambos casos, cerca del 50% del total.

4. CONCLUSIONES

Habida cuenta de lo analizado hasta aquí, hemos podido llegar a las conclusiones que siguen:

No hay diferencias importantes respecto de la extensión en número de unidades léxicas únicas. A pesar de que el número de palabras totales de *Mary Reilly* es muy superior al de *Dr. Jekyll* (prácticamente el triple), su número de entradas únicas es muy similar. Una vez contrastadas las listas de entradas que aparecen en una obra y están ausentes en la otra, observamos que ambas comparten un léxico de más de 2.000 palabras.

En contra de lo que intuíamos en un primer momento, no se advierte un predominio de términos relacionados con el hogar en *Mary Reilly* o con la medicina en *Dr. Jekyll*. Sí es indiscutible, con todo, que hay términos pertenecientes a los ámbitos de lo doméstico y la jardinería en *Mary Reilly* que están ausentes en *Dr. Jekyll*, y términos relacionados con los de la medicina y la química en *Dr. Jekyll* que, al mismo tiempo, no aparecen en *Mary Reilly*. Esto no podía ser más que el único resultado lógico si tenemos en cuenta que la realidad inmediata de los narradores es muy distinta. No obstante, también demuestra que la representación del mundo de cada uno de ellos no se circunscribe a los entornos que sociológicamente se les adscriben.

También, en el componente sintáctico queremos señalar que no se aprecian diferencias importantes en lo que a la complejidad de sus estilos oracionales se refiere. Mary Reilly emplea la subordinación de igual modo y con la misma frecuencia que las distintas voces masculinas de *Dr. Jekyll*. A la luz de los datos aportados por el estudio de nuestro corpus no podemos, por tanto, darle la razón a la lingüística más *a-crítica* que ha pretendido demostrar sin evidencia alguna que el “estilo femenino” es simple, paratáctico e hiperemotivo.

Hemos notado, sin embargo, algunas diferencias en este campo. Es cierto que *Mary Reilly* se caracteriza por utilizar un estilo más coloquial, que se refleja sobre todo en el uso de las contracciones de la negación (i.e. *aren't didn't, hadn't, shan't*). Asimismo, es interesante destacar que ella opte siempre por formas complejas, especialmente adjetivos compuestos de participios en “-ing” o “-ed”, “sustantivos + -ed”, “adjetivo + sustantivo” o “adjetivo + -ed” (i.e. *cold-blooded, beetle-looking, blood-soaked, cold-fish, evil-looking, fire-gazing, fresh-looking, heavy-hearted, high-spirited, low-ceilinged, sound-looking*), lo cual puede indicar que, si en ocasiones carece del término apropiado más exacto para referirse a algo, sabe utilizar los recursos de la lengua para enriquecerla. Precisamente por esta misma razón, no es despreciable el número de verbos derivados de adjetivos que emplea, por ejemplo, *cheapen, darken, deafen, dishearten, o loosen*.

A su vez, resulta interesante destacar la integración de dos estilos en el discurso de *Mary Reilly*: El elevado, con palabras como *perusal, circumvent, mystified, monogram, unbeknowst, o indefatigable*, que no son habituales en el léxico de una persona de su condición social; y otro dialectal que coincide más con su estatus de sirvienta, cuyo origen queda marcado léxicamente (i.e. *confab, hisself, lass, la-di-dah*). Además, hemos de señalar que es ella la que establece la distancia social con su señor a través del uso de términos de tratamiento, ausentes en *Dr. Jekyll* (i.e. *mister, mistress, misus*).

Sí observamos, con todo, diferencias interesantes en cuanto al nivel del registro léxico. Hemos adelantado que Mary Reilly muestra saber aprovechar los recursos de la lengua para crear palabras nuevas a partir de otras existentes, fenómeno éste que está presente de forma extraordinariamente ocasional en *Dr. Jekyll*.

Mientras, en el caso de *Dr. Jekyll* es muy frecuente el uso de términos tomados directamente del latín y del francés, no sólo para referirse a aquellos objetos propios de su profesión (que, por otro lado, no dominan su discurso), sino para referirse también a

su realidad más cercana. Así, por ejemplo, no utiliza en momento alguno la palabra *room*, salvo en los compuestos *consulting-room* y *dissecting room*, sino que opta por utilizar *chamber*. Del mismo modo, utiliza las más inusuales *chastisement* (en lugar de *punishment*), *apparatus* (en lugar de *device*), *apothecary* (en lugar de *chemist*), *obnoxious* (en lugar de *disagreeable*), *consultation* (en lugar de *meeting*), y la más que improbable *oration* (en lugar de *speech*).

Por lo tanto, hemos podido apreciar, sobre todo, diferencias culturales o de educación, incluso a pesar del hecho de que Mary utilice en numerosas ocasiones términos de registro muy elevado, algo excepcional en el habla de una persona de su clase y de su profesión, en la que se advierte una particular combinación de usos dialectales y usos normalizados (mezcla del dialecto escocés y del inglés estándar). De cualquier manera, constatamos que Mary Reilly no es la prototípica sirvienta victoriana. Lee, escribe y es capaz no sólo de abstraerse de la realidad, sino también de formular pensamientos complejos y trasladarlos al papel con pericia, a la vez que con un estilo conversacional propio del diario y del género epistolar.

En consecuencia, a la luz de los datos proporcionados por el análisis de nuestro corpus, no podemos deducir que los rasgos léxicos diferenciales entre *Mary Reilly* y *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde* se deban a que sus autores sean, respectivamente, un hombre y una mujer, ni al hecho de que las voces protagonistas pertenezcan a cada uno de estos géneros. Creemos que es más adecuado inferir que las diferencias se deben a causas puramente socioculturales. Dudamos, por tanto, que existan lo que se han dado en llamar “estilo masculino” y “estilo femenino” en estos dos casos concretos. Por el contrario, sí que podríamos hablar de un lenguaje más formal frente a un lenguaje más informal y/o coloquial, una variedad estándar frente a una variedad dialectal, un estilo novelístico frente a un estilo autobiográfico; e invitamos a que se lleven a cabo estudios de este tipo que contribuyan a elucidar si estas hipótesis son aplicables a un mayor número de textos.

BIBLIOGRAFÍA

- Brown, P. 1980. “How and why are women more polite: some evidence from a Mayan community”. *Women and Language in Literature and Society*. Eds. S. McConnell et al. N.Y.: Praeger. 111-136.
- Coates, J. 1988. *Women, Men and Language. A sociolinguistic account of sex differences in language*. N.Y.: Longman.
- Collins Electronic English Dictionary and Thesaurus*, Version 1.5 (Orem, Utah, WordPerfect Corporation). 1994.
- Dubois, B.L. e I. Crouch. 1975. “The question of tag questions in women’s speech: they don’t really use more of them, do they?”. *Language in Society* 4: 289-294.
- Eckert, P. 1989. “The whole woman: sex and gender differences in variation”. *Language Variation and Change* 1(3): 245-267.

- García Meseguer, A. 1982. "El lenguaje y los sexos". *Nuevas Perspectivas sobre la mujer. Jornadas de investigación interdisciplinar*. Universidad Autónoma de Madrid. 80-90.
- Herbert, R. 1990. "Sex-based differences in compliment behaviour". *Language in Society* 19: 201-224.
- Holmes, J. 1988. "Paying compliments: a sex-preferential politeness strategy". *Journal of Pragmatics* 12: 445-465.
- Jespersen, O. 1922. *Language: its nature, development and origin*. N.Y.: Holt.
- Keenan, E. 1974. "Norm-makers, norm-breakers: uses of speech by men and women in a Malagasy community". *Explorations in the Ethnography of Speaking*. Eds. J. Sherzer y R. Baumann. N.Y.: C.U.P. 125-143.
- Kipers, P. 1987. "Gender and topic". *Language in Society* 16: 543-557.
- Labov, W. 1990. "The interaction of sex and social class in the course of linguistic change". *Language Variation and Change* 2(2): 205-254.
- Lakoff, R. 1973. "Language and woman's place". *Language in Society* 2: 45-80.
- Lakoff, R. 1975. *Language and woman's place*. N.Y.: Harper Colophon.
- Lakoff, R. 1977. "Women's language". *Language and Style* 10: 223-47.
- Longman Dictionary of Contemporary English*. Londres, 1986.
- Martin, V. 1991. *Mary Reilly*. Londres: Black Swan.
- Mills, S. 1987. "The male sentence". *Language and Communication* 7(3): 189-198.
- Murray, O.S., y H.L. Covelli. 1988. "Women and men speaking at the same time". *Journal of Pragmatics* 12: 103-111.
- Smith-Hefner, N.J. 1988. "Women and politeness: the Javanese example". *Language in Society* 17: 535-554.
- Stevenson, R.L. 1987. *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde and Weir of Hermiston*. Oxford: O.U.P.
- Strainchamp, E. 1971. "Our sexist language". *Woman in Sexist Society*. Eds. V. Gornick y B. Moram. Londres: Routledge. 240-250.
- Tannen, D. 1990. *You Just Don't Understand. Women and men in conversation*. Londres: Virago Press.
- Thorne, B., y N. Henley, eds. 1975. *Language and Sex: difference and dominance*. Rowley, Mass.: Newbury House.
- Violi, P. 1991. *El infinito singular*. Madrid: Cátedra.
- Zimmerman, D. H., y C. West. 1975. "Sex roles, interruptions and silences in conversation". *Language and Sex: difference and dominance*. Eds. B. Thorne y N. Henley. Rowley, Mass.: Newbury House. 105-129.